



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XXXVIII

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NÚM 11001

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración

REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

VIERNES 8 DE JULIO DE 1898

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette rue Caumartin 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

LA PREPARATORIA MILITAR

JARA, 1, PRINCIPAL

á cargo de los capitanes de Ingenieros y de Artillería

DON SALVADOR NAVARRO Y DON FULGENCIO QUETCUTI

Preparación para todas las carreras del Ejército y Armada

Esta Academia ha ingresado desde su fundación ó sea en 2 años, los alumnos siguientes:

Infantería	Artillería	Ingenieros
D. Joaquín García.	D. Genaro Pérez Conesa.	D. Enrique Rolandi
• José Chacón.	• Francisco Barceló.	
• José Gimeno.	• Juan Izquierdo.	
• José Córdoba López.		

Infantería de Marina
D. Carlos Coll.

Clases especiales para la convocatoria de Noviembre.
Detalles y reglamentos de 8 á 12 en la Academia.

Á TODA COSTA

Las noticias particulares aseguran que ha comenzado el bombardeo de Santiago de Cuba.

Cumplido el plazo otorgado por Sampson, para que se alejaran del peligro los niños, las mujeres y los extraños á la contienda, vuelven á tronar los cañones, porque á nueva intimación al general Lináres, para que cesase en la resistencia, ha contestado el valiente caudillo que no se rinde.

Tras esa negativa—á juzgar por lo que dicen los extranjeros—se ha atrincherado una resolución suprema que participa de lo siniestro y de lo hermoso y que va á enseñar al mundo de lo que es capaz el ejército español cuando se le ordena morir.

Á TODA COSTA, ha dicho el general Blanco al comandante general de Cuba que defiende la plaza; y el distinguido jefe ha jurado que antes que entregarla al enemigo la entregará á las llamas.

¡Á toda costa!

Los que por deber de su profesión están obligados á conocer los textos militares, saben el alcance de esas palabras.

Sampson y Shafter podrán apoderarse del emplazamiento de Santiago de Cuba; de la población no, porque el caudillo que la manda tiene orden de defenderla á toda costa y ha jurado pegarle fuego antes que entregarla al enemigo.

impedimento por Huesca y Jaca, hasta pasar la frontera.

Maese Rodrigo.

(Prohibida la reproducción).

EL ATAQUE

A SANTIAGO DE CUBA

Desde ayer se venía hablando de que los americanos se habían decidido al fin á verificar el ataque á Santiago de Cuba. Noticias particulares recibidas en Madrid, y trasmitidas á esta ciudad, lo confirmaban en cuanto pueden ser confirmación de rumores las noticias particulares.

Dicen estas que el ataque se verificaba de una manera simultánea. La escuadra yanqui atacaba los fuertes de la costa, contestando con gran tesón el Morro, la Socapa, y Punta Gorda, mientras que las fortificaciones de tierra contenían las columnas americanas que avanzaban dirigidas por Shafter.

Con la natural ansiedad esperamos nuevas noticias que nos impusieran del resultado de la lucha.

Y hemos de confesar que las esperábamos con temor. El resultado de la contienda había de ser una victoria grandísima ó una tragedia llena de horrores.

Por fortuna parece que ha sido lo primero. Telegramas expedidos en Washington y reexpedidos desde Londres, dan cuenta de nuestro triunfo y del fracaso de los yanquis. Estos han luchado con saña; pero todo su coraje se ha estrellado contra el valor indomable de los soldados españoles.

Los telegramas á que nos referimos dicen que en el combate cuyas noticias llegan han perdido nuestros enemigos cinco generales, multitud de oficiales y enorme masa de soldados.

Hasta ahora no hay datos oficiales que confirmen este triunfo; pero confiamos que no tardará en enviarnos el general Lináres.

Si la noticia es cierta; si no se trata de una infame jugada de Bolsa hecha á espensa de las desdichas de España; si ese triunfo se confirma, será el principio del desquite á los grandes é inme-

recidos desastres que hemos sufrido hasta ahora.

UN HÉROE

EL GENERAL VARA DEL REY

(RECUERDOS DE LA CAMPAÑA)

En los labios de todo el mundo, en el corazón de todos los españoles ocupa hoy preeminente puesto el nombre del valiente y pundonoroso militar que no vaciló, ni aun ante la superioridad numérica del enemigo, en dar una nueva página de gloria al Ejército, que con su heroico comportamiento tantas y tan brillantes ha escrito con su sangre en la guerra de Cuba.

Tuvo la honra de ser amigo de Vara del Rey desde su llegada á la gran Antilla, y en mil ocasiones distintas le he estrechado con sincero abrazo después de alguna de sus hazañas. En Bayamo primero, de cuya importante plaza fué comandante militar, presencié el buen éxito que obtuvieron las disposiciones por él dadas con objeto de no dejar que Rabi, Tamayo y Lora continuasen siendo el castigo de aquella comarca, logrando ahuyentarlos; infinidad de veces, cuando á inspeccionar el recinto por las tardes salía, le acompañé, y siempre vi en sus labios una sonrisa alentadora para sus soldados y una frase de conmiseración, al tiempo que les socorría, para los pobres que á su paso se le presentaban, lo que le conquistó grandísimas simpatías en Bayamo. Luego, vacante el puesto de coronel del regimiento de Cuba, número 68, en operaciones por Songo y San Luis, fué á mediados del año 1896 nombrado para ocuparle, y en cuanto tomó posesión de él, emprendió operaciones que dieron feliz resultado.

Hoy se cumplen precisamente dos años de un hecho sumamente importante realizado por Vara de Rey formando parte de la brigada de Songo, que mandaba el general Alberti. Para privar á los insurrectos de recursos, destruyendo los que en los montes de las cercanías del Cristo poseían, salió á operaciones el día 1 de Julio la fuerza disponible del regimiento de Cuba, la guerrilla local de Songo y parte de los ba-

GLOBIAS NACIONALES

Vuelven á entrar en Zaragoza las tropas españolas.

8 de Julio de 1813.

Bendita España que sólo héroes ha producido siempre, demostrando con su valor que jamás le intimida lo que á otros acobarda.

El coloso del siglo; el siempre vencedor nunca vencido, como orgullosamente llamaban los franceses á su Napoleón, encontró en España su primera derrota, seguida de otras muchas que pudieron demostrarle plenamente no haber sido casualidad la de Vitoria, sino hijas del valor, siempre creciente, de los esforzados españoles.

Como consecuencia de la batalla de Vitoria, en la que tal mal parados quedaron los franceses, tuvieron que retirarse á la línea del Ebro, recibiendo al mismo tiempo órdenes el general París de evacuar á Zaragoza, dejando una guarnición de 500 hombres y dirigiéndose á Mequinenza con el grueso del ejército francés.

Cuando el general París salió de Zaragoza, se disponían los españoles á atacarla mandados por don José Durán y don Francisco Espoz y Mina, que aquella misma tarde se hicieron dueños de la capital aragonesa, donde al mes siguiente capitularon los 500 hombres que en el castillo de la Aljafería se habían hecho fuertes, haciéndoles prisioneros nuestras tropas y recogiendo un rico botiquín de los franceses.

El valiente Mina siguió á las fuerzas del general París tan de cerca y con tal brío, que tuvieron que abandonar el camino de Mequinenza y tomar la ruta de Francia, abandonando el convoy, la artillería y todo lo que habían sacado de Zaragoza, huyendo materialmente sin

apenas el sol rompía aquellos celajes con sus rayos amarillos. Un viento glacial empujaba con un ruido seco y estridente las hojas arrugadas de las espesas alamedas, marchitas ya por las primeras escarchas: los elevados chopos azotaban sus ramas descarnadas, y el agua del río lenta y helada, se agrupaba en pequeñas ondas.

A medida que el triste jóven se iba alejando de Madrid, se perdían vagamente esos mil rumores de vida, estraviándose en la calma de la soledad; calma dulce para un corazón tan mortificado; tan herido como el de Martín, y que venía á rodearlo con su agreste sudario.

Eso de últimas cosas de una naturaleza que perece; esa postrera sombra que envuelve nuestros horizontes cuando el otoño se despliega; esos primeros chillidos del invierno, que descienden de las montañas, jugueteando entre copos de nieve, á la par que refrescan nuestra frente calcinada por las tempestades de la vida, nos traen un consuelo misterioso que reanima nuestro ser.

Martín como pintor, recogía sobre su mente todos aquellos colores moribundos y lividos que estaban en armonía con las penas devoradoras de su alma; estudiaba con la febril mirada del hombre abatido todo aquel conjunto de bosques, rocas y montañas,

todo aquel hacinamiento de nubes que se elevaban del horizonte; todo el espeso y dilatado encinar del Pardo, ondulando como un mar verdinegro y sombrío, perdido allá bajo los salientes ángulos del nevado Guadarrama. Y á medida que el cuadro iba variando de tintas, cuando al través de las curvas magestuosas del terreno descubría una casa rústica, medio oculta entre la espesura, suspiraba por aquella mansión tranquila, por aquel hogar silencioso, bajo cuyo techo latían corazones sencillos. ¡Ah! qué había sido él hasta allí sino un juguete de pasiones terribles, un nuncio de la fatalidad, un omeleta de destrucción! Pobre corazón herido, alma desolada, no tenía más remedio que llevar sobre sí la desgracia de su hermana, el dolor de una pérdida irreparable, y el supremo misterio de la muerte de Monte-Azul y la desaparición de Millán. Devorado por estos sentimientos, dejaba que avanzase su caballo desmenuzando el musgo seco de los campos, hasta que se perdió en los escarpados senderos de la sierra.

Cerca del monasterio del Paular, en uno de esos valles que parecen escondidos á los ojos de los hombres, y en cuyas crestas solo los pastores y los baidres hacen resonar sus gritos y graznidos, debajo de esos peñascos inmóviles como colosos de már-

con prolija atención la senda por donde acostumbraba venir su hermano, y cuando no descubría su figura, ó no sentía el sonoro relincho de su caballo, lanzaba un suspiro y se entraba en la rústica mansión que le habían destinado.

Pero en el momento en que Ana notaba con más inquietud las prolongadas ausencias de éste, entonces arrojaba un grito de alegría, puesto que le veía deslizarse al través de los peñascos y espesura del monte, y dejando las tranquilas orillas del torrente iba á enlazar sus brazos en el cuello de Martín.

Ana no le esperaba en aquella tarde en que Martín dejaba á la corte, en atención á que en la madrugada de aquel mismo día se habían separado. Ana, á pesar del viento de la tarde, había ido á sentarse al pie de la noguera y contemplaba embobada en un arrobamiento el rápido curso de las aguas del riachuelo.

Pensaba en su hijo, en aquel engendro de la Providencia, de la casualidad ó del destino, y su alma sentía esas vibraciones tiernas é inefables de la maternidad en que se confunden todos los sentimientos de uno solo: en el amor.

La noche se acercaba; el sol había desaparecido tras un horizonte lleno de nubes sangrientas; silbaba el aire entre las encinas y pinos de la montaña,